

Los males que nos aquejan

La actividad cotidiana en protección contra incendio

Más que cualquier otra de las disciplinas de la seguridad, la protección contra incendios es una de las menos valorada, donde más improvisados abundan y las normativas, generalmente, son soslayadas. Y los riesgos que ello implica, no siempre son debidamente ponderados.



Eduardo D. Álvarez
Director de Edar Ingeniería
edaringe@edaringe.com.ar

La ingeniería contra incendio parece estar condenada a que cualquier persona con un mínimo de conocimientos técnicos -y, a veces, con menos que eso- se considere capacitada para encarar un proyecto de rociadores automáticos o de detección de incendios. Lamentablemente, hay instaladores improvisados que creen que alcanza con ejecutar instalaciones según su buen saber y entender. Es decir, no se les puede imputar una intención fraudulenta: simplemente ignoran el tema de una manera casi inocente. La situación se agrava cuando encontramos que quienes aceptan este desconocimiento no son solamente los que obtienen un beneficio económico por la provisión y montaje del sistema, sino también los propietarios de los bienes a proteger o los directores del proyecto que ha de implementarse.

A través de correos y consultas hemos notado que los temas que generan más comentarios no son, como podría pensarse, los que abordan aspectos técnicos o de importancia normativa, sino los que se refieren al desarrollo de la actividad de protección contra incendio en nuestra región y a los obstáculos que debemos afrontar cotidianamente quienes nos dedicamos a la tarea de salvar vidas y bienes de los efectos del fuego. Todo indica que, en América Central y del Sur, la ingeniería contra incendio sufre los mismos padecimientos en todos los países. Analizaremos brevemente algunas situaciones comunes con las que el gremio suele encontrarse.

“NUNCA HAY INCENDIOS”

Otro obstáculo que debemos sobre llevar es la incontestable realidad de que el incendio es un hecho poco fre-

cuente y, por lo tanto, es percibido como un riesgo tolerable. Esta forma de pensar deja de lado el hecho de que la importancia de un riesgo puede medirse como el producto entre su frecuencia y el daño que produce. Por lo tanto, aún con una frecuencia reducida, el enorme valor que debemos asignarle a los daños potenciales a personas y propiedades, tanto directos como indirectos, hace que la magnitud final del riesgo justifique plenamente los esfuerzos de protección, anulando la pertinencia del comentario tantas veces escuchado: “Nunca tuvimos un incendio”.

“ESTO ES LO QUE USTED NECESITA”

Todos los tipos de fuego, todas las fuentes de ignición, todos los problemas de propagación se solucionan con el producto que vende el mercader de incendio de turno. Para quien instala sistemas de gas limpio, el agua es el peor enemigo; si vende sistemas de detección, los rociadores automáticos son muy lentos en su operación; si lo que vende son mangueras, éstas son la solución absoluta aunque no haya quien las opere; y si vende sellos cortafuego, su aplicación evita la necesidad de cualquier otro sistema de protección. Claro que no estamos hablando de las personas que comercializan su producto con conciencia de las ventajas y limitaciones que posee lo que venden, sino de los arribistas de la seguridad contra incendios que sólo tienen en la mente la comisión que cobrarán y no consideran el objetivo de cubrir las necesidades de su cliente. Suele suceder que el único contacto del propietario con la protección contra incendios es a través de estos personajes.

“LAS NORMAS NO SON NECESARIAS”

Al haber normas con el grado de detalle que presentan las de NFPA, nos queda preguntarnos cómo es posible que alguien pase por alto el riesgo que implica no cumplir con sus requi-

sitos. Por lo general, adjudicamos rápidamente la causa del incumplimiento a razones económicas: no se cumple para reducir costos. Sin detenernos a discutir el error superlativo que supone pensar que apartarse de las normas es un modo de ahorro, la verdadera razón de esta separación de las exigencias normativas es el desconocimiento. Gran cantidad de personas que presuntamente aplican los códigos y normas de la NFPA nunca han leído más allá de los títulos. Muchos, también, colocan estas normas como el punto máximo de protección ignorando que, en realidad, son requisitos mínimos para garantizar una cierta eficacia en el control del fuego. El colmo de este planteo se resume una frase que ejemplifica la visión de algunos de los actores del rubro: “Todos sabemos que no es posible cumplir totalmente las normas NFPA”.

No debemos limitarnos a las normas de la NFPA: también a las normas de certificación del producto, que muchas veces son tergiversadas, extendiendo maliciosamente los alcances de los certificados o interpretándolas según las conveniencias del caso. Pareciera ser que no hay que prestar tanta atención a la certificación, sino que lo importante es tener fe en el producto. En protección contra incendio es la ignorancia y no la pereza la madre de todos los vicios.

Podríamos darle continuidad a esta lista de los sinsabores de nuestra profesión y hablar de la ausencia de pruebas de recepción debido al apuro por entregar la obra, al reemplazo de los materiales y componentes originales por otros de baja calidad, a la mágica reducción del schedule de las tuberías o a la sorpresiva aparición en el sistema de productos no certificados. Sin embargo, dedicaremos la última parte de este artículo a intentar explicar las razones de fondo de estos problemas.

LAS CAUSAS

Creemos que las causas principales de los problemas que afectan a la pro-

tección contra incendios son dos: una que podríamos denominar “antropológica” y una segunda de “visibilidad”, relacionada con la percepción del tema por el público general.

La primera razón viene desde los orígenes del hombre, momento en el que el fuego se consolidaba como factor de cambio de la naturaleza. En las cuevas del Pleistoceno convivíamos con el fuego; le temíamos. Con el tiempo aprendimos a encenderlo, a extinguirlo, a dominarlo. Esta conquista es común al género humano; podría decirse que nos impele a considerar inconscientemente que somos los amos del fuego y que, por lo tanto, no puede hacernos daño. O que, por lo menos, sabremos cómo manejarlo si se da la circunstancia.

El fuego es anterior a las herramientas de piedra, al arco y la flecha, a la electricidad: todos sabemos cómo apagar el fuego, basta con echarle agua como hacían nuestros antepasados en Altamira o en Lascaux.

La segunda razón es la falta de identidad que sufre la protección contra incendio. Podemos detener a alguien en la calle, hacerle saber que trabajamos en “protección contra incendio” y pre-



guntarle cuál es nuestra actividad específica. Nos encontraremos con personas que dirán que somos bomberos, que vendemos extintores manuales, que trabajamos en un laboratorio de ensayo de materiales, que diseñamos sistemas de extinción, que fabricamos rociadores automáticos, que aplicamos revestimientos ignífugantes, que definimos los medios de egreso, que modelizamos el movimiento del humo en un edificio, que entrenamos brigadas industriales, que vendemos seguros contra incendio, que instalamos sellos cortafuego, que fabricamos puertas resistentes al fuego, que vendemos sistemas de detección y alarma, o que vendemos, instalamos, diseñamos, fabricamos, especificamos o analizamos cualesquiera de las decenas de com-

ponentes, sistemas, equipos o actividades relacionadas con la vastedad temática que incluye la denominación de protección contra incendio.

Con esta aventurada justificación atávica del control del fuego y con la identidad aún incipiente de la protección, quizá hayamos llegado al máximo que podemos alcanzar en estas condiciones. Nos queda el objetivo ineludible de luchar contra la ignorancia; y siempre contamos con la profunda satisfacción de ganarnos el sustento protegiendo la vida de todos.

En la Sección Latinoamericana de la NFPA se defienden estos conceptos. ■

Reimpreso con autorización del NFPA Journal Latinoamericano®.
www.nfpajla.org.